

De Barcelona a Copenhague, por una economía baja en carbono



A FONDO

M. Luz Castilla
Porquet

La Cumbre de Río sentó las bases de una nueva política y sensibilidad medioambientales; el Protocolo de Kyoto incorporó obligaciones legales para reducir las emisiones, sentando las bases de un mercado de carbono global; Copenhague será un nuevo, y esperemos que gran paso al frente, para afrontar las nuevas políticas de cambio climático tras 2012. Ese es el deseo del mundo empresarial, que ha tomado una parte activa en el debate y que espera que los responsables políticos alcancen un acuerdo ambicioso. La negociación no es fácil y Barcelona es la última parada de la ruta hacia la Cumbre de Copenhague.

En las últimas semanas, la actividad sobre cambio climático ha ido en aumento, tanto en las negociaciones formales que se desarrollaron en Bangkok como en las conversaciones de alto nivel en Naciones Unidas y las reuniones del G20 en Pittsburgh a finales de septiembre. A semanas de comenzar la cumbre de Copenhague, la sensación de urgencia se acentúa y comienzan a cristalizar dos cuestiones críticas: qué objetivos de emisiones se asumirán y por qué; y cual será el enfoque para financiar la adaptación y mitigación en los países en desarrollo.

La experiencia con el Protocolo de Kyoto ha puesto de manifiesto que no se alcanzará ningún acuerdo en Copenhague sin EEUU, y que EEUU no se comprometerá a objetivos de emisiones sin obtener el compromiso de los principales países en desarrollo. La preocupación fundamental es que, a falta de una legislación nacional sobre el clima en EEUU, existe el riesgo de que el Senado no ratifique ningún acuerdo alcanzado en Copenhague (como sucedió con Kyoto). El proceso legislativo hasta ahora ha sido tortuoso, aunque hay algunas voces estadounidenses que todavía albergan alguna esperanza, cada vez más difícil, de que Obama pudiera firmar, antes de diciembre, un proyecto de ley nacional sobre el cambio climático, que brindara a EEUU una posición firme en las negociaciones. El objetivo del proyecto de ley Waxman-Markey es poco ambicioso para Europa y el proyecto de ley del Senado es sólo un poco más exigente.

En las últimas reuniones de los líderes mundiales en Nueva York y Pittsburgh, reafirmaron su compromiso para garantizar un acuerdo en Copenhague. China se comprometió a reducir la intensidad de carbono "en una cantidad notable", y lo hizo sin imponer condiciones a los países desarrollados; el

presidente Obama prometió una "nueva era" de fomento de las energías limpias; Japón se ofreció a recortar las emisiones en un 25%; y la Comisión Europea afirmó que la UE debería aportar hasta 15.000 millones de dólares cada año para que los países pobres den respuesta al cambio climático. La declaración del G-20 incluía también la promesa de eliminar de forma escalonada las subvenciones a los combustibles fósiles. Las negociaciones formales y sobre todo el debate sobre la financiación están ahora en Barcelona, donde la financiación destinada a países en desarrollo y el papel de los mercados son algunos de los temas claves.

Alternativas

Aunque es pronto para adivinar qué forma adoptará el acuerdo en diciembre, las alternativas se perfilan con claridad. La primera, ampliar el Protocolo de Kyoto (que únicamente compromete a países desarrollados, exceptuando a EEUU). La segunda, crear un nuevo tratado único, que incorpore los mejores elementos de Kyoto (es decir, objetivos cuantificados, elaboración de informes, cumplimiento y mecanismos de mercado) e incluya a las principales economías emergentes y a EEUU. Y, la tercera, formular una declaración política de alto nivel acompañada de una serie de promesas nacionales. La UE prefiere la segunda opción y no está dispuesta a asumir nuevos objetivos en solitario.

PwC ha trabajado activamente con una serie de asociaciones internacionales, que han propuesto recomendaciones ambiciosas e innovadoras. Entre estas, figuran fijar objetivos de reducción de emisiones en línea con los postulados científicos; enviar señales regulatorias inequívocas a largo plazo para las empresas; gestionar el impacto de la fuga de emisiones sobre la competitividad; crear nuevos mecanismos de financiación público-privada de la mitigación y adaptación; desarrollar procesos de información y cumplimiento armonizados, o frenar la deforestación.

Posiblemente esto sea demasiado pedir del encuentro en Copenhague. Muchos observadores están rebajando sus expectativas, previendo la posibilidad real de que quede en un conjunto poco satisfactorio de promesas e iniciativas. Comienza la cuenta atrás. La última ronda de negociaciones tiene lugar en Barcelona, tras la cual los Ministros de Economía del G-20 se reunirán para ultimar los acuerdos de financiación. Deseamos inspiración y voluntad global a nuestros líderes. Y no nos demos por vencidos, con la esperanza de alcanzar un acuerdo global ambicioso en Copenhague.

Directora de Sostenibilidad y Cambio Climático de PricewaterhouseCoopers

SHYAM SARAN Jefe negociador de India

“Que sean los ricos quienes se fijan obligaciones ambiciosas”

CLEMENTE ÁLVAREZ
Madrid

“Cada indio emite 1,1 toneladas de CO₂ per cápita, un estadounidense 20,1 y los europeos una media de 10”. Así lo recalca el enviado especial del primer ministro de la India y jefe negociador en Cambio Climático, Shyam Saran, que ayer recordó a los países más ricos que “deben ser ellos los que asuman obligaciones muy ambiciosas” para reducir las emisiones causantes del calentamiento terrestre. “Hacen falta indicaciones claras de los países industrializados sobre cuál es el nivel de reducciones que están dispuestos a asumir para 2013-2020”, incidió en Madrid

el principal negociador indio, en un viaje relámpago desde la cumbre de Barcelona para dar una conferencia en la escuela de negocios IE Business School.

Incluso si se tienen en cuenta las emisiones globales del que es el segundo país más poblado del planeta, Saran detalló cómo la contribución de la India al conjunto de los gases de efecto invernadero se queda en un 4%, porcentaje muy inferior al 20% de EE UU o el 23% de la suma de Estados europeos. Y es por esto mismo por lo que el negociador indio se reafirma en la posición de la mayoría de naciones en desarrollo de no aceptar obligaciones que limiten sus emisiones.

“No es que nos resistamos políticamente, sino que así lo fija la Convención de Naciones Unidas sobre Cambio Climático”.

En cambio, el representante de la India sí que se mostró de acuerdo en que todos los países deben contribuir. “Todos estamos siendo afectados por el cambio climático y tenemos que realizar un esfuerzo desde la colaboración y no la competitividad; no hay que esperar a que otro haga algo para tomar acciones”, comentó Saran, que recordó que algunos países en desarrollo han adoptado ya planes de acción nacionales sin exigir nada a otros. “Muchas de las acciones contra el cambio climático acordadas en la India han sido adoptadas sin



Shyam Saran. / R. GUTIÉRREZ

poner condición alguna”, explicó este negociador. “Lo que estamos firmando ahora es hacer más que eso y para ello debemos contar con recursos finan-

cieros y transferencia tecnológica”.

Queda muy poco tiempo para la cita crucial en Copenhague, pero los avances no son suficientes. “Siempre hemos dado la bienvenida al hecho de que la UE haya llevado la iniciativa para indicar cuál es su objetivo de reducción para 2020 [una reducción del 20% ampliable a 30%] o para poner sobre la mesa el asunto de la financiación [100.000 millones de euros], pero necesitamos más que eso”. ¿Y EE UU? “Nos anima el hecho de que el nuevo presidente haya puesto el cambio climático en lo más alto de su agenda nacional, pero ahora esperamos que esto se traduzca en las negociaciones, pues existe una gran incertidumbre con EE UU”.